

expléndidas: las penitencias le eran mas dulces y mas amadas, que todas las delicias y regalos de la vida pasada: y asi, algunas veces exclamaba: Mi Dios, si tan dulce es padecer por vos, ¿qué será el gozor de vos? Finalmente, de Rolando se puede decir con razon, que si su corazon se pusiera en una prensa para esprimirlo, no se sacaria de él otra quinta esencia, que paz y contento: y que si otra vez se esprimiera, ninguna otra cosa destilaria, sino gozo en el Espíritu Santo: *Gaudium in Spiritu Sancto*. A la verdad, él experimentó en todo el curso de su vida, cuan bueno es Dios para los que tienen el corazon derecho: *Quam bonus est Deus bit, qui recto sunt corde*. Cuan suave es aquel gran Señor á los que no tuercen sus afectos, y los dirigen únicamente á él, como á su último y felicisimo fin.

Lease en Tomás de Xempis el cap. 10. del lib. 3. cuyo título es: Que todas las cosas se deben referir á Dios. como á último fin.

LECCION II.

DE LOS CASTIGOS DE LOS PECADOS, Y PRIMERAMENTE EN LOS ANGELES.

DESEA tanto Dios, que sus criaturas no se aparten de su último fin, que desde la creacion del mundo quiso con ejemplares penas, para poner terror á la posteridad, castigar á los prevaricadores. El ángel rebe'de, y Adan inobediente, son formidables testigos de cuan riguroso zelador es Dios de sus justisimos preceptos, pues no perdonó, ni aun á las mas excelentes y hermosas obras que salieron de su Omnipotente mano. El ángel fué el primogénito de las criaturas, criado por la Divina Sabiduria, tan perfecto, y lleno de tan altas prerrogativas, que Dios, no solo se complació en él como en las otras, sino quiso él mismo ser el panegirista: *Hac dicit Dominus Deus: tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, et perfectus decore, in deliciis Paradysi fuisti: omnis lapis pretiosus operimentum tuum.* (EZECH. 28.) Tú, sello de la semejanza, colmado de sabiduria, perfecto en la belleza, fuiste criado en las delicias del Paraiso, y adornado de todas las piedras preciosas como de rica gala. Gastó Dios, (por decirlo así) los tesoros de su Bondad, Poder y Sabiduria, para formar en el ángel la mas perfecta imágen de su infinita hermosura. ¿Qué excelentes dotes no le dió en el orden natural? Criólo puro espíritu en su esencia, inmortal por la eternidad: de un entendimiento y ciencia tan elevada, que con sola una vista penetra todos los

secretos mas escondidos de la naturaleza: de un poder tan prodigioso, que solo un ángel mueve sin cesar toda la máquina de los cielos: fuera de esto, ¿qué dones no le concedió en el orden sobrenatural, dándole una gran plenitud de gracia, infundiéndole los hábitos de las mas superiores virtudes, elevándolo al derecho de la gloria?

¿Con qué ardor de voluntad habrán amado á su soberano Bienhechor, ya que con tanta luz del entendimiento conocian la grandeza de sus beneficios? ¿Habrán amado? Eso debia ser; pero ingratos y rebeldes se ensoberbecieron con tantos favores. Negaron el obsequio á quien tanto los habia obligado. Luzbel, el mas favorecido, fué el mas pérfido y traidor. Por eso se quejó Dios de él con especialidad: *Peccasti: elevatum est cor tuum in decore tuo: perdidisti sapientiam tuam.* ¡Ah ingratisima criatura! ¿Qué por la belleza que de mi mano recibiste, te haz revelado contra mí? ¿La sabiduria que yo te dí, te ha cegado el entendimiento? ¿Haz podido pecar? ¿Qué merece una tan gran maldad? *Ejeci te de monte Dei. Producam ignem de medio tui, qui comedat te.* Ya yo te he arrojado de la alteza del cielo, y encarcelado en los abismos de la tierra. Dentro de tí encenderé un fuego, que te abrasará vivo eternamente. Todas las naciones que te verán reducido á tan gran miseria, quedarán atónitas, y se asombrarán de tus castigos.

Y así fué, que apenas Luzbel con sus secuaces, hubo cometido el primer pecado con el primer desorden, cuando á manera de rayo fué visto precipitarse del cielo, y traerse consigo, envueltos en la misma ruina, la tercera parte de los ángeles, como estrellas, que cayesen del fir-

mamento. *Vilebam Satanam, sicut fulgor de Cælo cadentem: et cauda ejus trahebat tertiam partem Stellarum.* ¡O suceso formidable! ¡O rigor inexorable de la Divina Justicia! ¡Así, ¡ó Criador de los ángeles! os indignais por un acto solo de soberbia contra las criaturas primogénitas de vuestra bondad! Alguna excusa tienen por ser este el primer pecado, cometido solamente con un afecto desordenado, de que presto harán perfecta penitencia. No, no tienen excusa, dice Dios: han pecado, y por tanto merecen que yo los aborrezca, los abomine, y los castigue por toda una eternidad. Ea, que merecen alguna compasion, por ser las mas bellas obras que han salido de vuestras manos, las imágenes mas vivas de vuestra perfeccion. Es verdad; pero han manchado su belleza con culpa, han envilecido su dignidad con pecado, y por eso serán siempre indignos de parecer en mi presencia. ¡O Señor, que recompensarán esta única ofensa con infinitos obsequios, os bendecirán eternamente, glorificarán siempre vuestra piedad, si con ellos la usais! Al contrario, si los condenais sin misericordia, prorrumpirán en continuas blasfemias y ultrages de vuestro santísimo Nombre. No importa: me han ofendido, no hago caudal de sus alabanzas, no hago caso de sus blasfemias. No me faltan alabanzas y bendiciones de los ángeles que me han sido fieles. Perezcan, pues, los rebeldes, sean al instante precipitados al infierno, ardan, giman, blasfemen, y rabien eternamente, trocados de estrellas del cielo, en tizonos negros del abismo. ¡O juicios incomprensibles de Dios! *Judicia tua abyssus multa.* Bien conocia Dios la nobleza de tales criaturas, comprendia su número innumerable, sabia

que su culpa era única de un solo pensamiento pecaminoso, y que arrepintiéndose, la hubieran resarcido con mayores obsequios. Y con todo eso, la Divina Justicia con irrevocable sentencia, como con una tempestad impetuosa, en el mismo acto de pecar, amontonándolos todos juntos, sin darles lugar para arrepentirse, los precipitó al abismo.

Si Dios hubiese condenado á solo Luzbel, como cabeza de la rebelion, esta demostracion de justicia deberia bastar para poner gran miedo á todos los hombres. Si hubiese hecho lo que el Emperador Maximiano en su Ejército, que diezmó las legiones sediciosas, y de cada diez soldados condenó uno á la horca, para causar terror á los demás, debiera pasmarnos y apartarnos muy lejos de ser infieles á Dios, ¿Pues cómo no bastará un número casi infinito de ángeles, sentenciados todos, sin excepcion ni aun de uno solo culpado, á eternos tormentos? Haced reflexion un poco sobre la multitud de ángeles que exceden á las estrellas del cielo, y á las arenas del mar, y decid luego: la tercera parte de estas nobilísimas criaturas fue condenada por un solo pecado; ¿y yo me atrevo á pecar, como si estuviese segurísimo del perdon que se negó á tantos? De esta tragedia debeis aprender la enorme gravedad é intolerable peso del pecado, que hizo caer á plomo tan gran número de espíritus soberanos de lo mas alto del cielo, á lo mas profundo del abismo. De aquí se debe inferir la severidad de la Justicia Divina, y decir con el Apostol san Pedro: *Si Deus Angelis peccantibus non perpeccit, sed rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos.* ¿Si Dios no perdo-

nó á los ángeles que pecaron, sino que atados con maromas del infierno, los encerró en el abismo para ser atormentados; ¿cuánto mas seremos castigados nosotros, que somos gusanos y podredumbre? *Putredo, et vermis.* ¿Si los príncipes de la corte del cielo, por un pecado solo, son tan atrozmente condenados y castigados; qué deberán esperar ó temer los hombres, vilísimos esclavos de la tierra, por tantas y tan repetidas maldades? Mas no llega el hombre todavía á penetrar cuan vengadora de sus ofensas es la Divina Justicia. Por eso decia el Salvador: Padre Justo, el mundo no te ha conocido: *Pater Juste, mundus te non cognovit.* El mundo no os quiere conocer por Justo, sino por Misericordioso: no sabe temer vuestra justicia, sino solo espera en vuestra misericordia, para pecar mas libre y confiadamente.

Con el terror de este trueno, y con el estrago de este rayo, pretendió Dios aterrar toda la posteridad de las criaturas, para que las inferiores aprendiesen á huir el castigo, á costa y en cabeza de las superiores: *Deus Majestatis intonuit. Ut ruina majorum* (dice san Gregorio) *sit cautela minorum.* Sirva de escarmiento y cautela á los menores, la ruina de los mayores. Acordaos de aquel terrible hecho que ejecutó el rey Don Pedro de Aragon, para impedir las rebeliones de sus vasallos, movidas de los grandes del reino. Llamó á la corte para consejo á los mismos grandes, y les preguntó: ¿cómo se podria fabricar una campana que se oyese en todo Aragon, para poner terror á los rebeldes? Sorprendidos á esta pregunta los grandes, respondieron que el intento era imposible. Entonces el rey

con otro pretexto, llamandolos uno á uno á otra sala apartada, les hizo cortar cruelmente las cabezas, y ponerlas una sobre otra en forma de campana. Abiertas despues las puertas, las sacó á vista y á terror de sus súbditos. Y á la verdad, esparcida la voz de esta horribilísima campana, resonó por toda España, y retrajo los vasallos de toda conjuracion. Otro tanto, con el mismo designio, pero con mejor justicia, hizo Dios con los ángeles en su castigo: *Intonuit de Cælo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam.* (PSALM. 32.) Hizo el Altísimo que se oyese desde el cielo el trueno y la voz de sus amenazas: *Ut timeat Dominum omnis terra, et ab eo commoveantur omnes in habitantes Orbem.* (PSALM. 75.) Para que toda la tierra se llene de horror, y todos los habitantes del mundo queden espantados. Tiemble, pues, toda criatura á las amenazas del Dios grande, y aprenda á tenerle mucho respeto: *Terribilis apud omnes Reges terre.* Tiemblen los pecadores, reos de tantas maldades, viendo el castigo de los ángeles por un solo pecado. Teman los justos, porque viven cercados de peligros, entre mil incentivos y ocasiones de caer en pecado.

Y verdaderamente, si pecaron los ángeles que tenian un entendimiento perspicacísimo para conocer las verdades eternas, y una perfecta voluntad inclinada al Sumo Bien, sin peso de cuerpo, sin apetito de sentidos que les trajese al mal; ¿cómo no temeremos nosotros las culpas, estando nuestro entendimiento ofuscado con tantos errores, nuestra voluntad pervertida de tantas pasiones, nuestro cuerpo concebido en pecado, lleno de concupiscencias? Somos como una especie

de heno, preñado de espíritus igneos, que por sí solo prende fuego, y se enciende y abrasa: *Omnis caro fenum.* (ISAI. 4.) Si cayeron aquellos supremos ángeles que estaban en el cielo, lejos de los malos ejemplos que convidan al mal; de las persuaciones de los malos que apartan del bien; de las tentaciones de los enemigos que llaman á gozar los prohibidos placeres, ¿cómo no temeremos las caidas nosotros, que vivimos en la tierra, país de los enemigos, enmedio de objetos que continuamente nos engañan y lisonjean; entre hombres perversos que con tantos artificios pervierten; frente á frente de los espíritus malignos, que con frecuentes engaños y no menos violencias nos asaltan? Si cayeron los ángeles que tenian tan fresca la memoria de los beneficios recibidos, poco antes, de Dios, y la viva esperanza del premio que muy presto esperaban, ¿cómo no temeremos el precipicio nosotros, que nos olvidamos de los premios eternos, y no hacemos caudal de los eternos castigos? ¿No debemos estar en un continuo temor y en una cautela cuidadosa? Cayeron las mas firmes columnas del cielo: y nosotros, cañas debilísimas de la tierra, estaremos constantes? Con razon san Luis Beltrán temblaba todo de pies á cabeza, y derramaba amargas lágrimas al acordarse de este pensamiento: *Puedo pecar, puedo condenarme.* Y preguntaba frecuentemente á sus amigos: *¿Juzgais que me salvaré?*

CASTIGOS DE ADAN Y SU POSTERIDAD.

Vengamos ya al primer hombre, en cuya formacion empleó Dios los mas amorosos afectos de su bondad. Las otras criaturas salieron á la luz del ser por un sencillo imperio de la Divina voz. Bastó para criarlas un *Fiat*. Mas Adan singularmente fué criado con el consejo, y como consulta de las Divinas Personas: *Faciamus hominem*. (GEN. 1.) Donde advierte discretamente S. Agustin (DE SPIR. ET ANIMA, CAP. 35) *Homo non solo jubentis Dei sermone factus est, sed concilio Sanctæ Trinitatis*. Para producir las otras criaturas se le dió comision á los elementos, como ministros del Divino Poder: á la tierra, para brotar yerbas, arboles y plantas: *Geminet terram herbam virentem*. (GENES. 1.) A las aguas, para formar aves y peces: *Producant aquae reptile animae viventis, et volatile*. Pero Adan fué formado por la misma mano de Dios: *Creavit Deus hominem*; no sufriendo su amor fiar la formacion del hombre de otras manos, para poder así mejor imprimirle la viva imagen y perfecta semejanza de sí mismo: *Ad imaginem, et similitudinem nostram*: no tanto en la armoniosa composicion de los miembros, en la viveza de los sentidos, en la magestad del semblante, que mira al cielo; quanto en las perfecciones verdaderamente divinas del alma, dotada de tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad; no ofuscada todavia de pasion alguna, sino clarisimo espejo del Sumo Bien, que eran como el rayo, la luz y el calor del Divino Sol,

Trino y Uno. ¡O exceso del amor de Dios! ¡O dignidad incomparable del hombre! Mas no pararon aquí los beneficios concedidos á Adan: púsole en el Paraiso terrestre, país de todas las delicias, para que enmedio de honestos placeres gozase de una vida feliz. Dióle el imperio universal de todas las criaturas, para que se sirviese de ellas á su gusto: *Praesit piscibus maris, volatibus Cæli, et bestiis terræ*; sin que escapasen de su dominio, ni los peces, por escondidos en el mar; ni las aves, por remontadas en la suprema region del aire; ni los brutos, por esparcidos por la tierra. Fuera de esto, le enriqueció el cuerpo y el alma con excelentisimos dotes, dandole la inmortalidad; y así el cuerpo, sin apartarse jamás del alma, seria trasladado del Paraiso terrenal al cielo empireo. Dotóle de la justicia original, con perfecto dominio sobre las pasiones, que jamás hubieran levantado aun un soplo, que inquietase la dulce calma del corazon. Mas: infundiole en el alma el tesoro de la gracia, y una gran riqueza de dones sobrenaturales, dandole una dignidad tan elevada, que no solo era un honradísimo vasallo, sino carísimo amigo, y gloriosísimo hijo del mismo Dios, que habiendolo escogido por suyo, lo habia elevado hasta hacerlo participante de los mismos atributos y prerrogativas: *Effecerat divina consortem naturae*.

Despues de haberlo así ohligado con tan singulares beneficios, quiso Dios hacer prueba de su fidelidad y amor, con ponerle un solo precepto, que no comiese de sola una fruta; mas gozase de tantas otras, como le ofrecia un jardin y paraiso de deleites. Sin duda Adan, ino-

vido de tantos favores, atraído de la promesa de una eterna felicidad, si obedecía, atemorizado de las amenazas de una horrible y duplicada muerte, si quebrantaba un precepto tan fácil de guardar, ni aun un pensamiento tendría, no digo ya deseo, del prohibido fruto. ¡Mas, ay infeliz! Dejose tentar, tomó el fruto, comiólo, y cayó: quiso mas seguir un vanísimo y brevísimo placer, que obedecer al precepto de su liberalísimo Criador. ¡Y qué sucedió? Llorá hoy, y llorará el género humano con amarguissimas lágrimas la infelicidad de Adán, y de toda su posteridad: *Ejecit eum Dominus de Paradiso voluptatis*. Al punto, indignado Dios, lo desterró del Paraiso de los placeres, y lo arrojó á una tierra maldita, y llena de espinas y abrojos. La obediencia mansa y docil de los animales, se convirtió en una rabiosa rebelion: tomaron en aquel punto veneno las sierpes, fiereza los tigres, sed de sangre humana los leones, y todas las criaturas se armaron contra el pecador, gritando contra él, y pretendiendo su extrago y destruccion. Fuéle al instante quitada la justicia original, despojaronle del tesoro de la gracia, de la filiacion de Dios, del derecho á la herencia de la gloria. Saltáronse derepente las pasiones y apetitos, que á guisa de furias rabiosas empezaron á despedazarle el corazon. Quedó sujeto á los afanes de una miserable vida, á los tormentos de una congojosa muerte, á los peligros de una condenacion eterna.

Solo con ver el castigo de Adán, deberían todos los hombres temer y huir con inmenso aborrecimiento el pecado. Para refrenar en el Africa los innumerables estragos que hacian los leo-

nes, se determinó coger uno, y ahorcarlo en un árbol, á cuya sola vista todos los leones se pusieron en fuga, y en adelante no mataron mas hombres. (PLIN. LIB. 8. CAP. 16.) ¡Cuánto mas debería bastar para refrenar á los hombres la pena de Adán? Pero no terminó en eso solo el suplicio: á nosotros, sus infelicissimos descendientes, tocó tambien el remanente de las penas. Como el veneno puesto en la raiz de una vid inficiona todos los pámpanos con sus racimos; así el pecado del primer hombre se transfundió con sus miserias á todo el género humano. Fué aquella culpa un contagio, que corrompió con pestilencial dolencia toda la posteridad. Fué un torrente turbio é impetuoso, que arrebató al mundo todos los bienes, y le acarreó una inundacion de todos los males. Lloramos nosotros infelices las injurias de los tiempos, la inquietud de las pasiones, el rigor de tantas enfermedades, tan variadas en sus accidentes, tan molestas por su atrocidad. El pecado de Adán fué la causa. Suspiramos en este valle de lágrimas por la desolacion de las guerras, los estragos de las pestes, las desdichas de las hambres. De aquel único pecado traen su origen. Poned con la imaginacion en un monte todos los huesos de los muertos: en un mar toda la sangre derramada de los cuerpos humanos: en una haz ó monton todas las calamidades que ha habido, hay y habrá en todo el mundo; y despues, levantando los ojos, atónitos á vista de tantas ruinas, decid: tan grandes miserias, todas son penas de aquel solo pecado. Aquel solo delito ha sido el destierro de la paz del mundo, la introduccion de tantos desastres, de tantas enfermedades, de tantas y tan horrorosas muertes en la tierra.

Pero este no es el fin de los males, porque al fin estas penas son temporales. ¿Cuántos niños inocentes y libres de culpas actuales, en pena de aquel primer pecado, quedan eternamente privados de la feliz vista de Dios? ¿Cuántos ¡ó cuántos! hombres, cayendo cada día en pecado, se precipitan en los eternos abismos del infierno? Ni deben buscar otra causa ó impulso á sus caídas y precipicios, sino la inobediencia de Adán, que rebelandose contra Dios, hizo se rebelasen en nosotros y contra nosotros, desenfrenados los apetitos, y las pasiones desordenadas, que sujetando y avasallando la razon, espolean los sentidos á tantas ruinas. Somos á la verdad hijos de ira, rendidos á las concupiscencias, concebidos en pecado: *Filli irae, subjecti concupiscentiis, concepti in peccatis.* (EPHES. 2. 3.) De aquí es, que tantos, imitando al primer padre en la culpa y no en la penitencia, van á arder perpetuamente en un fuego, que les penetrará con intolerables tormentos el alma con sus potencias, y el cuerpo con sus sentidos. Ni tendrán jamás alivio en sus males, ni esperanza de bien alguno: porque Dios nunca tendrá oídos para escuchar sus lamentos, ni entrañas para compadecerse de ellos; siempre serán aquel pueblo infeliz, que llora Malaquías: *Populus, cui iratus est Dominus usque in aeternum.* Un pueblo, con quien estará enojado Dios por toda la eternidad.

Ahora, ¿quién no se horrorizará al ver tan formidables castigos del pecado? ¿A quién no pondrán espanto los rigores de la Divina Justicia? *Quis non timebit te, ó Rex Gentium?* (decia todo atónito á tal espectáculo Jeremias.) ¿Quién se atreverá jamás á pecar en confianza de la mi-

sericordia, viendo la severidad de la Justicia ejecutada en el primogénito del género humano? Cuando el rey Felipe II pronunció sentencia capital contra su primogénito Carlos, se llenó de horror toda España: *Nec quisquam reorum ausus est veniam sperare, quam Pater denegaverat Filio.* No hubo delincuente que se atreviese á esperar jamás perdón del rey, viendo que la justicia del padre se le habia negado á su mismo hijo. Que la Magestad de Dios, por altos consejos de su providencia, ha querido ejercitar primero con el hombre los actos de su Justicia en darle pena, que los de su misericordia en darle premio, dejándose ver primero Juez Justo, que benigno Remunerador: así lo dijo el Profeta: *Justitia ante eum ambulabit.* (PSALM. 84.) La Justicia irá delante de él, como su aposentador. Fuera de esto, el Salvador del mundo, por el infinito ódio que tiene al pecado y al pecador, protesta, que primero castigará á los reos en el día del Juicio, que premiará á los justos, pues mandará recoger primero la cizaña, (en que se significan los pecadores) y echarla al fuego, y despues recogerá el trigo, simbolo de los justos, para conservarlo en el cielo: *In tempore Messis dicam Messoribus: Colligite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum, tristicum autem congregate in horreum meum.*

§. III.

EJEMPLO.

Terrible teatro se abrirá delante de nuestros ojos, si pudiesemos asomarnos al abismo infernal, y ver allí cuantos al primer pecado, sorprendidos improvisamente de una muerte repentina, gimen ahora sin remedio en las eternas penas. Yo registraré aquí solamente uno, bastante á llenar de horror á quien tuviere un punto de juicio en la cabeza, y un átomo de zelo de su salvacion. Célebre es en las historias de san Benito el nombre de Pelagio, cuya vida fué puntualmente como una tragedia, en que primero se ponen las jornadas y actos alegres, para que despues parezcan mas funestos y lamentables los fines. Este, nacido de muy buenos padres, fué criado á los pechos de la devocion, y con la leche del santo temor de Dios. Crecía en los años, y al paso mismo crecía en sus virtudes: era frecuente su asistencia en las iglesias, devoto en oír Misas, todo embebido en el cuidado de santas oraciones, hasta que muertos sus padres, se determinó á retirar-se del mundo; y vendida su hacienda, para dar el precio á los pobres, se fué á una ermita á vivir en la tierra una vida del cielo. Allí, edificada una pequeña capilla, erigió un altar de gran devocion, delante del cual gastaba gran parte del dia en oracion y meditaciones divinas; de suerte, que esparcida por el contorno la fama y buen olor de tanta virtud, todos los paisanos le veneraban por santo. Embidoso el demonio de tan piadosos ejercicios, se

empeñó en perseguirlo, ya con violencias, ya con engaños é ilusiones, trayendole á la imaginacion torpes pensamientos; pero viendo que los rebatía con viva fe, con ayunos y oraciones Pelagio, reforzó la bateria con un escuadron de representaciones feas, poniendole delante de los ojos acciones inmodestas de mugeres hermosas, quanto livianas y desahogadas. ¿Qué mas? Cansado el ermitaño de tanta resistencia á los continuos y molestos asaltos, poco á poco se rindió, y dió consentimiento en su corazon á un deseo impuro. Apenas hubo caido, cuando le sorprendió una profunda melancolia, que no le dejaba sosegar, y arrojandose en tierra dentro de su ermita, decia suspirando: ¡ó pobre Pelagio! ¿Dónde has caído? Del cielo en el infierno. Poco há eras hijo de Dios, y ahora esclavo del demonio. ¿Cómo con un consentimiento has perdido los méritos de toda tu vida? ¿Cómo podré yo jamás huir de la ira vengadora de Dios? Si confieso este inmundo deseo, puede ser que se sepa mi pecado, y de ahí perdida la estimacion y buen nombre adquirido.

Con esta turbacion de ánimo salió á la puerta de la ermita, desde donde vió pasar un peregrino, que le dijo: Pelagio, ¿por qué te dejas avasallar de esta tristeza? Quien sirve á un Dios tan bueno, nunca debe estar melancólico. Si le has ofendido, ¿no sabes que tienes remedio? Haz penitencia, y con eso te restituirás á tu antigua paz. Quedó Pelagio atónito á tan dulces palabras del peregrino, que al punto se desapareció; y conociendo que este era aviso de un ángel, se resolvió á hacer penitencia de su pecado. Y para mejor cumplir su intento, se fué á un con-

vento de san Benito, y postrado á los pies del Abad, le pidió con instancia el santo hábito, y lo consiguió luego, por el concepto de santidad que tenia en aquellos contornos. Allí en la escuela de las virtudes no se puede explicar con cuánta exaccion observaba la regla, con cuánta humildad servia en los ministerios mas abatidos, cuántos eran sus ayunos, con cuán rigorosas disciplinas ensangrentaba sus carnes, y con qué ásperos silicios vestia, y juntamente atormentaba su cuerpo. Pero todo en vano, porque no tuvo aliento para confesar su pecado. ¡O Dios de las misericordias! ¿Por qué no os mueve á compasion esta ovejuela descarriada? Si algun pecador puede conseguir perdon, ¿quién mejor le debe alcanzar que este hombre, que solo una vez cayó con solo un pensamiento, á la violencia de tantas tentaciones, despues de tantas victorias ganadas á vuestra gloria? ¡Oh, muevan vuestra piedad los obsequios de la vida pasada, las penitencias y oraciones de la presentel! ¿Cómo concedeis vuestra gracia eficaz á tantos pecadores, reos de innumerables maldades, y la negais á un religioso, que solo es culpable de una fragilidad? Tanta verdad es, que son incomprensibles los juicios de Dios: *Incomprehensibilia sunt judicia ejus.* (rom. 11.) Aprendamos una vez á temer los juicios de la Divina Justicia. Aprendamos, como un torpe afecto puede obstinarse en una alma sin remedio; y como una delicada y blanda exhalacion se endurece poco á poco, y se forma aquella durisima piedra, que arroja el rayo. Asi un deseo impuro se levanta en el corazon, y allí se congela de modo, que llega á hacerle una dura é inmoble piedra: *Cor ejus quasi lapis indurabitur.*

Quedóse, pues, Pelagio en su obstinacion, hasta que habiendo enfermado gravemente, y reducido casi al punto de la muerte, se confesó de los otros pecados, callando aquel único, aunque se sentia impelido á confesarlo con vehementes inspiraciones de la divina gracia. Recibido despues el santisimo Viático, murió pecador en los ojos de Dios, por mas que en estimacion de santo en los ojos de los hombres. Pero, ¡ó horror! la noche siguiente, levantandose el sacristan y pasando por la iglesia á tocar á maitines, reconoció que el cuerpo de Pelagio estaba descubierto sobre la tierra del sepulcro. Atónito á tal vista, se imaginó, que por descuido ó yerro, no habia sido bien sepultado, y lo enterró de nuevo, sin hablar palabra del caso. Mas la noche siguiente le sucedió lo mismo, por donde conoció claramente, que la tierra arrojó de sí el cuerpo. Entonces, sorprendido de grande espanto, partió á dar cuenta al Abad, el cual, convocados los monjes en la iglesia, los mandó que se pusiesen en oracion, suplicando á Dios que se dignase significarles su voluntad, si por ventura era, que aquel su siervo fuese colocado en sepulcro mas honroso. A un rato, volviendose al cadaver, dijo en alta voz: ó Pelagio, ya que fuiste tan obediente en vida, yo te requiero y mando que me descubras, ¿si Dios quiere que tu cuerpo sea trasladado á mas decente lugar? Aqui el difunto con un espantosisimo suspiro, respondió: ¡ay, desventurado de mí, que me hallo condenado en el infierno á penar mientras Dios fuere Dios! Caí en un torpe deseo, de que nunca hice penitencia verdadera, y ahora he sido arrojado á las voraces llamas, sin esperanza de salir jamás de ellas. Y

si quereis certificaros de esta verdad, llagaos acá, acercaos, y registrad mi cuerpo. Acercandose el Aban, vió que todo el cuerpo estaba encendido como un hierro ardiendo, de que horrorizado, se retiraba muy aprisa, cuando oyó que le llamaba y le decia: No te ausentes de aquí, padre, hasta que me hayas quitado esto que tengo debajo de la lengua. Acercandose de nuevo el Abad, vió que tenia aún en la boca, la forma fresca y entera, que habia recibido por Viático. Tomóla con la mano temblando, y la hizo poner aparte en lugar decente, para memoria de tan lamentable suceso. Entonces, con voz mas funesta, añadió el difunto: la voluntad de Dios es, que mi execrable cuerpo no tenga sepulcro en lugar sagrado, sino en un muladar, como una bestia, hasta que venga á padecer juntamente con mi alma, eternamente en el infierno.

No es necesario que yo haga ponderaciones sobre este tan terrible juicio de la Divina Justicia. El por sí predica cuán de temer son los juicios de Dios: *Quam terribilia sunt judicia tua, Deus.* Si los fervorosos obradores de tantas cosas cayeron, ¿qué ruina no pueden temer los flojos y tibios? Teman los arbolitos flacos y débiles, al ver que caen los robustos cedros del libano. *Ulula abies, quia cecidit Cedrus.* (ZACH. 11)

Lease á Tomás de Xempis. lib. 3. cap. 14. cuyo titulo es: Considerar los ocultos juicios de Dios, para que no nos dejemos llevar de la soberbia.

LECCION III.

PROCESO DE LOS PECADOS PROPIOS.

PARA tomar eficaz resolucion de valerse y servirse de las cosas del mundo, solamente en cuanto ayudan á conseguir el último fin para que fuimos criados, tiene increíble fuerza el considerar, qué desórdenes se han originado de haber abusado de ellas. Por tanto, es utilísimo consejo ponerse tal vez delante de los ojos el proceso de su vida cada uno, y recorriendola desde el principio al fin, advertir y examinar la multitud de sus errores, y la gravedad de sus culpas. Empiézese desde la niñez. El angélico Dr. santo Tomás enseña, que el hombre luego que llega al uso de la razon, tiene obligacion grave de emplear su primer amor en Dios. Y bien: los primeros actos de mi niñez, fueron ofensas, fueron injurias del Criador. Creciendo la edad, fueron tambien creciendo los pecados; porque soltando el freno á los apetitos juveniles, no hubo prado de nocivas flores, por donde no corriese mi desahogo. Aquellos amigos eran mas de mi cariño, que me llevaban á los placeres. Aquellas diversiones eran mas repetidas, donde de ordinario padece naufragio la honestidad. ¿Qué año de mi vida? ¿Qué digo año? ¿Qué mes? Aun mas verdad diré: ¿qué dia he pasado, en que de algun modo no haya quebrantado las divinas Leyes? Un mal placer gozado no me hartó, antes encendió mas el apetito de otro peor. La soledad me sirvió para dar secreto desahogo á mis